

"La Nación", Buenos Aires (R. A.), 12 mayo 1922

# Unamuno nos habla sobre su entrevista con el rey



MIVISITA A PALACIO

D. C. Lomo X

(Para LA NACION)

SALAMANCA, 1922.

Cuando oigo hablar de las teorías de Einstein y de la dificultad que encuentran en muchos para ser comprendidas pienso que ello se debe sobre todo a que los más de los ingenios humanos carecen del sentido de continuidad, es decir, de infinito y del de función. Los más de los ingenios viven en lo que podríamos llamar la concepción democrática del universo, a base de átomo y vacío y noción escolástica de causalidad. La concepción heraclitiana, la de continuidad, la de flujo, la de infinito y a la vez de substantialidad les es ajena. Y si del orden del mundo material o natural pasamos al del mundo espiritual o histórico la dificultad se acrece. Porque nada hay más raro que el sentido histórico, sobre todo entre historiadores. Los sucesos les impiden ver y comprender los hechos y no ven aquellos, los sucesos, en su flujo, en la continuidad de su acción. Los ven a lo sumo causalmente, pero no substancialmente.

¡Macanas! ¡macanas! este hombre quiere tomarnos el pelo o burlarse de nosotros"—exclamará acaso algún lector de esos que viven como presa del sensacionalismo, de la actualidad, al ver esa introducción, que se le antojará metafísica al frente de este comentario histórico de mi visita al rey de España, a llamado de él. Por mi parte me felicito de no haber cedido a la petición de enviar a esa por cable una explicación del suceso y del hecho de que el suceso brota. El tiempo que esta correspondencia tarde en llegar a esa y en ser publicada, ese tiempo hará su labor, y en tanto es muy posible que otros sucesos—brotados del hecho triste de la trágica situación actual de España—aclaren mejor aquel suceso. Es una ventaja que el cable pueda anticipar lo sucesivo.

Sería menester, lector amigo—y más si eres español—que te expusiera la situación en que hoy se encuentra políticamente—pero en el más alto sentido de la palabra política—nuestra España. Hace tres días decía yo en el Ateneo de Madrid, refiriéndome a nuestra monarquía, que la serpiente no deja la piel gastada y vieja hasta que no tiene formada la nueva por debajo, es decir, que España no adoptará la forma republicana hasta que no haya sentido republicano, de publicidad, de responsabilidad, de democracia. Pero es el caso que la vieja piel de la nación española, la monarquía, está más que vieja, podrida, y se va a tordigas. El cáncer de la guerra de Marruecos, de esa absurda aventura de un imperialismo desatado, tira de esa piel. Dicen que el Sr. Vázquez de Mella dice que Marruecos será la tumba de la monarquía española. Y si dice así dice bien. Lo que a los españoles nos toca es que si es la tumba del Reino no lo sea de la Nación, que aquél no arrastre a ésta.

Vengo desde hace tiempo acusando públicamente de nuestros pecados al régimen monárquico, aun más a la dinastía y sobre todo a la persona que la representa, al rey; y

como éste es un hecho bien conocido aquí y fuera de aquí sería una insensatez que quisiera ocultarlo al escribir para una publicación extranjera. Mis ataques al rey han sido frecuentes y acerbos y me han valido algunos procesos y dos condenas, injustas las dos, pues sostengo que en los dos artículos por que se me condenó, en aquellos dos artículos, no había injurias al rey y las condenas se debieron a presiones sobre los Tribunales a fin de que me condenaran "para" ser indultado. Lo que le dije de palabra al rey mismo, aludiendo de paso a lo de que el Tribunal Supremo informó unas actas de diputados de Cortes del modo que le convenía a la realeza para quitarse del Parlamento enemigos molestos.

Ultimamente pronuncié en el Ateneo de Madrid un discurso en una sesión para pedir el restablecimiento de las garantías constitucionales que estaban en suspenso, y en ese discurso volví a combatir la actuación per-

sonal irresponsables al que es, según la Constitución, irresponsable. Este discurso produjo un efecto muy fuerte en Palacio: el rey quedó muy dolido de él y pedía un desagravio. Hasta llegó acaso a pensar ir al Ateneo, del que es socio—el número 1111—no sabemos si para que se le hiciera allí un desagravio—lo que no era dable—o para contestar, para responder. Porque él, que es, según nuestro código fundamental de derecho político, irresponsable, no se recata para decir que está dispuesto a responder, que se le exijan, que se le pidan responsabilidades, y que él las dará. Esto para un político nuestro, dinástico, no tiene sentido, es un truco o un contrasentido, pero eso lo he oído yo con mis propios oídos.

El rey acabó, según parece, por pedir que se me llevara a Palacio. Y aquí discurren sus consejeros responsables resucitar una petición de día y hora en que acudir a una entrevista a que de palabra me invitó hace seis años y medio, petición a que no se había respondido, ni falta ya que me hacía. Y se quiso buscar ese pretexto para que apareciese como una concesión de merced lo que era muy otra cosa. La verdad es que he sido llamado o llevado a Palacio para responder de mis ataques a la actuación del rey. Y que he acudido para exponer, en esencia y substancia, el fundamento de esos ataques, para sostenerlos, para hacer presente que no obedecen a un resquemor individual, a un despecho propio mío sólo—mi pleito individual, que le había, fué zanjado por mis compañeros—y para oír de boca del rey que está, por su parte, propiamente se exijan todas las responsabilidades.

Expuse al rey el triste estado a que nos ha traído un régimen de clandestinidad y de irresponsabilidad, es decir, de despotismo, y cómo no se ha liquidado todavía lo injusto e ilegal de la represión del verano de 1917. A su queja de que si alguna de sus iniciativas sale mal se la achacan, y si sale bien se la atribuyen los consejeros, le dije que el remedio está

en no tenerlos, en no tener iniciativas, y le recordé aquel su discurso en Córdoba, pronto hará un año, en que se anunciaba una especie de poder personal. Pero mediato, que es lo peor, mediante una mayoría parlamentaria sumisa, lo que hace del rey no un káiser, sino un jefe de partido. Y un jefe de partido que acaso se entromete a electorero e influye en las elecciones.

Me preguntó si, en caso de ir a esa América, hablaría ahí de política, supongo que española. Este era, a lo que parece, el temor. A la realeza no le conviene que se hable de política española fuera de España, si es para decir la verdad.

Sali de la entrevista más preocupado que había entrado en ella. El sentimiento de desorientación, de incertidumbre, de zozobra, que nos corroe a los españoles todos, como que se ahonda al llegar a las alturas del Poder público. No se sabe ya aquí cómo salir del atasco. Muchas veces he recordado la cuarteta del: "procure empre acertarla—el hourado y principal—pero si la acierta mal—defenderla y no enmendarla". Hoy podría parecer que hay cierto propósito de enmendar, pero ¿cómo enmendarlo? ¿cómo enmendarlo? ¿cómo declarar "pelo a pelo" el error? ¿Y cómo inspirar confianza al pueblo cuando se da a entender que hubo error? Y los errores, que empezaron ya a fines de 1914, y que se exacerbaron en 1917, han sido de tal índole que no va a ser posible recobrar la confianza del pueblo consciente. Aun pesa, como una pesadilla, el ensueño del Vice Imperio Ibérico, del desquite del desastre de 1898; aun pesa la pesadilla del imperialismo cesariano a la tedesca.

Dicen que renace el liberalismo español. ¡Dios lo quiera! Y que no se vuelva a algo como lo de 1823, cuando el suplicio de Riego. ¡Mientras no cambiemos de piel!...

MIGUEL DE UNAMUNO.

2

